

hacer filosofía hasta el final de sus días, para poder llegar al fondo y límite de su pensamiento.

El capítulo XVI, que es el primero de este volumen segundo, comienza con la Ilustración en España. Se dan movimientos de eclecticismo, escepticismo (simplemente como una actitud de cautela y de reserva mental) y enciclopedismo. La Escolástica está bien representada en el siglo XVIII, si bien más en número que en calidad. Con un moderado revivir del lulismo se pasa al siglo XIX, que ofrece un panorama muy poco alentador. El ex presbítero Pedro Sala afirma tajantemente que "sin originalidad ni iniciativa hemos sucumbido al mimetismo...; dotados del instinto de imitación de las razas inferiores, hemos sido sucesivamente volterianos, ecléticos, cuando imperaba Guizot; radicales como Ahrens, krausistas, transformistas...". Menéndez y Pelayo califica la primera mitad del siglo como de "absoluta miseria filosófica". Sin fuerza ni representatividad se suceden corrientes y movimientos sensistas, ecléticos, hegelianos, panteístas y el espiritualismo cristiano. Frente al liberalismo son representativos Jaime Balmes y Donoso Cortés; Ortí y Lara se opone al krausismo, que encontró un buen abogado en Sanz del Río. Francisco Giner de los Ríos funda con un grupo de profesores destituidos la Institución Libre de Enseñanza, completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político. Figura sobresaliente por su amor a la Patria y al cristianismo es don Marcelino Menéndez y Pelayo, de amplia influencia en el pensamiento español y de reconocido prestigio internacional.

Tal vez hay que esperar hasta don Miguel de Unamuno para que nuestra capacidad creadora tenga prestigio universal, a pesar de que Unamuno carezca de doctrina filosófica propia y positiva. Su actitud es esencialmente crítica, negativa, corrosiva y demoleadora, que trata de mantener, defender y justificar frente a las doctrinas del cristianismo. El siglo XX abre brecha con la generación del noventa y ocho, de más influencia en el campo de la literatura que en el de la filosofía. Ortega y Gasset marca un hito en el pensamiento filosófico español del siglo XX. Su ingenio penetrante y sus sistema histórico vitalista está a la altura de las circunstancias. Su invención ingeniosa de la razón vital le darán carta abierta de pensador universalmente conocido, como conferenciante y como escritor. Con todo, en frase del padre Fraile, en Ortega satisface siempre el escritor, pero no pocas veces defrauda el pensador (página 269). Entre los filósofos españoles más recientes destacan Angel Amor Ruibal, Jorge Ruiz de Santayana, Eugenio d'Ors, Ramiro de Maeztu, Manuel García Morente, Gregorio Marañón y Jaime Bofill. Ahí termina el panorama filosófico español, presentado magistralmente por el ya fallecido padre Fraile.

PEDRO MERINO

K. H. SCHELKLE, *Palabra y escritura. Estudios sobre exégesis, eclesiología y moral del Nuevo Testamento* (Actualidad bíblica, 20), Ediciones Fax, Zurbano, 80, Madrid, 1972, 145 x 120 mm., 292 p.

Bajo el título general de *Palabras y escritura. Contribuciones a la exégesis e historia de la exégesis del Nuevo Testamento* recoge el autor una serie de trabajos sobre temas diversos, más o menos relacionados con la misma materia.

El autor divide su recopilación en dos partes. La primera, que se titula *Sobre hermenéutica bíblica*, estudia tres temas: *Palabra de Dios, Normas hermenéuticas en el Nuevo Testamento y Sagrada Escritura y Palabra de Dios*. El contenido de estos tres temas es, ciertamente, de tipo hermenéutico. Con

todo, en el primero de ellos hay también elementos que pertenecen a la teología bíblica de la "palabra de Dios". Esta se contempla en su *manifestación original* como palabra hecha "ley", como palabra "profética" y como palabra "creadora", las tres ideas, todas ellas, a la luz tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Luego se considera esta palabra como *presente en la Escritura*, especie de pequeño tratado de la inspiración, en el que se plantea el autor el difícil problema del sentido en que la palabra escrita puede y debe ser considerada por el hombre de hoy como *palabra de Dios*. Esta misma temática se continúa en el epígrafe siguiente, sobre la palabra de Dios, *presente en la predicación*, palabra sacramental o sacramento verbal, que participa, como los ritos sacramentales, de la virtud salvadora de la única y verdadera Palabra, hecha carne, que es el *Logos* divino. Retorna el autor, antes de terminar, al tema del principio: la manifestación original de la palabra de Dios, preguntándose si no sigue aún manifestándose en el presente, a lo que responde afirmativamente. Concluye inquiriendo sobre la posibilidad de un criterio general que permita reconocer la palabra de Dios, y afirma: "No hay posibilidad alguna de probar y demostrar la Palabra de Dios en su origen, en la Escritura, en la predicación y en la realidad presente. Existe sólo la posibilidad de señalarla. Únicamente podrá oír la palabra de Dios quien está dispuesto a oírla" (p. 42). En el segundo tema se pretende deducir de la hermenéutica que el NT ejerce sobre el Antiguo unas normas o criterios aplicables por nosotros al propio NT. La misma temática, aunque con otra vertiente, retorna todavía una vez más en el tercer epígrafe: ¿En qué forma y por qué medios puede ser para nosotros la Escritura palabra de Dios? Este es el objeto del último título de la parte hermenéutica.

Aquí el autor pasa a la segunda parte, en la que se ocupa de varios temas de *exégesis* y *teología* del NT, que divide, a su vez, en temas que podríamos llamar *doctrinales* (*Historia y revelación* los titula el autor) y *morales* (*Ethos bíblico*, según el autor). Como *doctrinales* entran un interesante estudio sobre el significado teológico de la *Historia de la infancia*, de gran riqueza de contenido; otro sobre la *Historia de la pasión* en San Juan, un tercero sobre el misterio del *Dios uno y trino* en el Nuevo Testamento, otro sobre un tema de tanta raigambre bíblica como es el de la "elección": *La Iglesia como "élite"*, y *"élite" en la Iglesia*. Tres estudios todavía, dentro de la perspectiva doctrinal, completan el cuadro: un breve artículo sobre el sentido comunitario de la Eucaristía (*La Iglesia, comunidad de altar*), un estudio acerca de los tempranos asomos de "catolicismo" (*Frühkatholizismus*) en las últimas cartas apostólicas (*Últimas cartas apostólicas y catolicismo primitivo*) y, finalmente, un comentario sobre los motivos de "Jerusalén" y "Roma" en el NT, ciudades sobrepasadas en su realidad terrena, pero sublimadas a la categoría de símbolos de la Ciudad celestial, trascendente y eterna. Entre los temas *morales* se cuenta uno en torno a la moral neotestamentaria, concebida como obediencia a la Palabra de Dios, concepto que se distingue de la ética de la filosofía, pero también de la moralidad del AT. Un segundo capítulo, muy breve, considera, a la luz de la 1 *Pe*, la figura paciente del Siervo de Yavé como expresión de la forma de vida cristiana. El tercer capítulo es un pequeño comentario de 2 *Cor* 6,1-10, en función de la idea motriz de "muerte y vida". *Is* 7,9: "Si no creyereis no permaneceréis" da pie al autor para desarrollar en el capítulo siguiente el tema de la fe en el NT, su contenido y sus exigencias. Y por último concluye exponiendo, en un esfuerzo de actualización, la doctrina neotestamentaria en torno al matrimonio y al celibato, entendidos no como realidades antagónicas, sino como dos formas posibles de vivir el cristianismo. Se cierra el libro con un índice analítico de materias y con un índice de citas bíblicas.

Una impostación ágil, razonable, documentada y profunda, crítica pero

creyente, del hombre que no soslaya los problemas, sino que los afronta con sinceridad, competencia y fe de la buena, es la característica más fundamental de este libro, que, a nuestro entender, sólo elogios merece. Se siente uno en él dentro de una atmósfera oxigenada y limpia, donde se respira a gusto. La traducción, fluida y de un excelente castellano —por la que no podemos menos de felicitar a su autor—, contribuye, por su parte, a saborear y recrearse aún más con su lectura.

La edición está muy bien cuidada; el texto griego prácticamente carece de erratas —salvo algún que otro espíritu—, y, por lo demás, sólo en contadísimas ocasiones se deslizó algún pequeñísimo gazapo; por ejemplo, *Halaha* por *Halaka* o *Halakha* (p. 33), *F. Schweizer* por *E. Schweizer* (p. 59, n. 57), *Betri* por *Petri* (p. 60).

ENRIQUE LÓPEZ

M. GARCÍA CORDERO, O. P., *Teología de la Biblia, II, Nuevo Testamento* (Teología de la Biblia, II), La Editorial Católica, Mateo Inurria, 15, Madrid, 1972, 130 x 200 mm., XIV + 684 p.

Resulta difícil resumir en las pocas palabras de una recensión el amplio contenido de esta extensa obra de teología bíblica, primera del género, como hacen notar los editores, escrita en español. Forzoso es, sin embargo, intentarlo, aunque sea someramente, a fin de que tenga el lector que no se haya asomado a sus páginas una ligera idea de la variedad y riqueza que ellas encierran.

La *Teología de la Biblia* abarca en total tres volúmenes, dedicado el primero al AT, y los dos restantes, al NT. Se dividen estos últimos en ocho secciones, que se reparten a partes iguales (cuatro y cuatro) entre los dos tomos. Nos ocuparemos aquí del primer volumen consagrado al NT, dejando el otro para una segunda recensión.

Las cuatro partes desarrolladas por el autor en este primer volumen son las siguientes: *Jesucristo, El Reino de Dios y la Iglesia de Cristo, El misterio del Dios uno y trino* y, finalmente, *El misterio de la redención*.

La sección dedicada a *Jesucristo* se abre con un capítulo sobre el *Jesús de la historia*, en el que el autor nos viene a trazar, con un estilo marcado de intención apologetica, la semblanza de la figura humana de Jesús, en medio de una reiteración tal vez exagerada de calificativos. Exagerada no porque el personaje no se los merezca, sino porque no se ve en ellos un verdadero avance del pensamiento. En este capítulo, en contra de lo que pudiera esperarse, no se plantea para nada el engorroso problema del *Jesús histórico* y del *Jesús de la fe*. Siguen luego otros ocho capítulos, en los que se estudia lo que llamaríamos nosotros la *semblanza teológica* de Jesús. Sucesivamente analiza el autor, inspirándose en la *Cristología del Nuevo Testamento*, de O. Cullmann, los diversos títulos que el propio Jesús se ra atribuido o con los que el NT le ha designado: "Profeta" y "Siervo de Yahvé", "Mesías" e "Hijo de David", "Hijo del Hombre", "Señor" y "Salvador", "Sumo Sacerdote", "Logos", "Hijo de Dios" y, con ellos, el misterio del Cristo resucitado y glorioso, con sus implicaciones teológicas para el mismo Jesús y en relación con el creyente. Estos diversos títulos los estudia el autor, generalmente, a dos niveles: *judaismo* y *cristianismo* (NT), añadiendo, si el tema lo requiere, un nuevo nivel, el del *paganismo*, como ocurre con los títulos de "Señor" y "Salvador", "Logos" e "Hijo de Dios". En el *nivel cristiano* engloba, de ordinario, indiscriminadamente, bajo el mismo epigrafe de "La Iglesia primitiva" o "apostólica", todos los pasajes del NT y algunos, si es el caso, de los Padres